

¿Se deshelará la nieve  
Cuando la muerte nos lleva?  
¿O después habrá otra nieve  
Y otras rosas más perfectas?

¿Será la paz con nosotros  
Como Cristo nos enseña?  
¿O nunca será posible  
La solución del problema?

¿Y si el Amor nos engaña?  
¿Quién la vida nos alienta  
Si el crepúsculo nos hunde  
En la verdadera ciencia  
Del bien que quizá no exista  
Y del Mal que late cerca?

¿Si la esperanza se apaga  
Y la Babel se comienza  
Qué antorcha iluminará  
Los caminos en la Tierra?

¿Si el azul es un ensueño  
Qué será de la inocencia?  
¿Qué será del corazón  
Si el Amor no tiene flechas?

¿Y si la muerte es la muerte  
Qué será de los poetas  
Y de las cosas dormidas  
Que ya nadie las recuerda?  
¡Oh, sol de las esperanzas!  
¡Agua clara! ¡Luna nueva!  
¡Corazones de los niños!  
¡Almas rudas de la piedra!  
Hoy siento en el corazón  
Un vago temblor de estrellas  
Y todas las rosas son  
Tan blancas como mi pena.

## ELEGIA

Diciembre de 1918. (Granada.)

Como un incensario lleno de deseos,  
Pasas en la tarde luminosa y clara  
Con la carne oscura de nardo marchito  
Y el sexo potente sobre tu mirada.

Llevas en la boca tu melancolía  
De pureza muerta, y en la dionisiaca  
Copa de tu vientre la araña que teje  
El velo infecundo que cubre la entraña  
Nunca florecida con las vivas rosas  
Fruto de los besos.

En tus manos blancas  
Llevas la madeja de tus ilusiones,  
Muertas para siempre, y sobre tu alma  
La pasión hambrienta de besos de fuego  
Y tu amor de madre que sueña lejanas  
Visiones de cunas en ambientes quietos,  
Hilando en los labios lo azul de la nana.

Como Ceres dieras tus espigas de oro  
Si el amor dormido tu cuerpo tocara,  
Y como la virgen María pudieras  
Brotar de tus senos otra vía láctea.

Te marchitarás como la magnolia.  
Nadie besará tus muslos de brasa.  
Ni a tu cabellera llegarán los dedos  
Que la pulsen como las cuerdas de un arpa.

¡Oh, mujer potente de ébano y de nardo!  
Cuyo aliento tiene blancor de biznagas.  
Venus del mantón de Manila que sabe  
Del vino de Málaga y de la guitarra.

¡Oh, cisne moreno!, cuyo lago tiene  
Lotos de saetas, olas de naranjas  
Y espumas de rojos claveles que aroman  
Los nidos marchitos que hay bajo sus alas.

Nadie te fecunda. Mártir andaluza,  
Tus besos debieron ser bajo una parra  
Plenos del silencio que tiene la noche  
Y del ritmo turbio del agua estancada.

Pero tus ojeras se van agrandando  
Y tu pelo negro va siendo de plata;  
Tus senos resbalan escanciando aromas  
Y empieza a curvarse tu espléndida espalda.

¡Oh, mujer esbelta, maternal y ardiente!  
Virgen dolorosa que tiene clavadas  
Todas las estrellas del cielo profundo  
En su corazón ya sin esperanza.

Eres el espejo de una Andalucía  
Que sufre pasiones gigantes y calla,  
Pasiones medidas por los abanicos  
Y por las mantillas sobre las gargantas  
Que tienen temblores de sangre, de nieve  
Y arañazos rojos hechos por miradas.

Te vas por la niebla del otoño, virgen  
Como Inés, Cecilia, y la dulce Clara,  
Siendo una bacante que hubieras danzado  
De pámpanos verdes y vid cornada.

La tristeza inemsa que flota en tus ojos  
Nos dice tu vida rota y fracasada,  
La monotonía de tu ambiente pobre  
Viendo pasar gente desde tu ventana,  
Oyendo la lluvia sobre la amargura  
Que tiene la vieja calle provinciana,  
Mientras que a lo lejos suenan los clamores  
Turbios y confusos de unas campanadas.

Mas en vano escuchaste los acentos del aire.  
Nunca llegó a tu oído la dulce serenata.  
Detrás de tus cristales aún miras anhelante.  
¡Qué tristeza tan honda tendrás dentro del alma  
Al sentir en el pecho ya cansado y exhausto  
La pasión de de una niña recién enamorada!

Tu cuerpo irá a la tumba intacto de emociones.  
Sobre la oscura tierra brotará una alborada.  
De tus ojos saldrán dos claveles sangrientos  
Y de tus senos rosas como la nieve blancas.  
Pero tu gran tristeza se irá con las estrellas,  
Como otra estrella digna de herirlas y eclipsarlas.

MADRIGAL DE VERANO.

Agosto de 1920. (Vega de Zujaira.)

Junta tu roja boca con la mía,  
¡Oh, Estrella la gitana!  
Bajo el oro solar del mediodía  
Morderé la manzana.

En el verde olivar de la colina,  
Hay una torre mora  
Del color de tu carne campesina  
Que sabe a miel y aurora.

Me ofreces en tu cuerpo requemado,  
El divino alimento  
Que da flores al cauce sosegado  
Y luceros al viento.

¿Cómo a mí te entregaste, luz morena?  
¿Por qué me diste llenos  
De amor tu sexo de azucena  
Y el rumor de tus senos?

¿No fue por mi figura entristecida?  
(¡Oh, mis torpes andares!)  
¿Te dió lástima acaso de mi vida,  
Marchita de cantares?

¿Cómo no has preferido a mis lamentos  
Los muslos sudorosos  
De un San Cristóbal campesino, lentos  
En el amor y hermosos?

Danaide del placer eres conmigo  
Femenino Silvano.  
Huelen tus besos como huele el trigo  
Reseco del verano.

Entúrbame los ojos con tu canto.  
Deja tu cabellera  
Extendida y solemne como un manto  
De sombra en la pradera.

Píntame con tu boca ensangrentada  
Un cielo del amor,  
En un fondo de carne la morada  
Estrella de dolor.

Mi pegaso andaluz está cautivo  
De tus ojos abiertos,  
Volará desolado y pensativo  
Cuando los vea muertos.

Y aunque no me quisieras te querría  
Por tu mirar sombrío  
Como quiere la alondra al nuevo día,  
Sólo por el rocío.

Junta tu roja boca con la mía,  
¡Oh, Estrella la gitana!  
Déjame bajo el claro mediodía  
Consumir la manzana.

BALADA  
DE UN DÍA DE JULIO.

Julio de 1919.

Esquilones de plata  
Llevan los bueyes.

—¿Dónde vas, niña mía,  
De sol y nieve?

—Voy a las margaritas  
Del prado verde.

—El prado está muy lejos  
Y miedo tienes.

—Al airón y a la sombra  
Mi amor no teme.

—Teme al sol, niña mía,  
De sol y nieve.

—Se fue de mis cabellos  
Ya para siempre.

—¿Quién eres, blanca niña?  
¿De dónde vienes?

—Vengo de los amores  
Y de las fuentes.

Esquilones de plata  
Llevan los bueyes.

—La estrella de mi amante  
Que vive y muere.

—¿Qué llevas en el pecho  
Tan fino y leve?

—La espalda de mi amante  
Que vive y muere.

—¿Qué llevas en los ojos,  
Negro y solemne?

—Mi pensamiento triste  
Que siempre hiere.

—¿Por qué llevas un manto  
Negro de muerte?

—¡Ay, yo soy la viudita  
Triste y sin bienes

Del conde del Laurel  
De los Laureles!

—Busco el cuerpo del conde  
De los Laureles.

—¿Tú buscas el amor,  
Viudita aleve?  
Tú buscas un amor  
Que ojalá encuentres.

—Estrellitas del cielo  
Son mis quereres.

¿Dónde hallaré a mi amante  
Que vive y muere?

—Está muerto en el agua,  
Niña de nieve,  
Cubierto de nostalgias  
Y de claveles.

— ¡Ay! caballero errante  
De los cipreses,  
Una noche de luna  
Mi alma te ofrece.

—¡Ah! Isis soñadora.  
Niña sin mieles,  
La que en bocas de niños  
Su cuento vierte.  
Mi corazón te ofrezco,  
Corazón tenue,  
Herido por los ojos  
De las mujeres.

—Adiós, mi doncellita,  
Rosa durmiente,  
Tú vas para el amor  
Y yo para la muerte.

Esquilones de plata  
Llevan los bueyes.

Mi corazón desangra  
Como una fuente.

CANCION ORIENTAL.

1920.

Es la granada olorosa  
Un cielo cristalizado.  
(Cada grano es una estrella,  
Cada velo es un ocaso.)  
Cielo seco y comprimido  
Por la garra de los años.

La granada es como un seno  
Viejo y apergaminado,  
Cuyo pezón se hizo estrella  
Para iluminar el campo.

Es colmena diminuta  
Con panal ensangrentado  
Pues con bocas de mujeres  
Sus abejas la formaron.

Por eso al estallar, ríe  
Con púrpuras de mil labios...

La granada es corazón  
Que late sobre el sembrado,  
Un corazón desdeñoso  
Donde no pican los pájaros,  
Un corazón que por fuera  
Es duro como el humano,  
Pero da al que lo traspasa  
Olor y sangre de mayo.  
La granada es el tesoro  
Del viejo gnomo del prado,  
El que habló con niña Rosa,  
En el bosque solitario,  
Aquel de la blanca barba  
Y del traje colorado.  
Es el tesoro que aún guardan  
Las verdes hojas del árbol.  
Arca de piedras preciosas  
En entraña de oro vago.

La espiga es el pan. Es Cristo  
En vida y muerte cuajado.

El olivo es la firmeza  
De la fuerza y el trabajo.

La manzana es lo carnal,  
Fruta esfinge del pecado,  
Gota de siglos que guarda  
De satanás el contacto.

La naranja es la tristeza  
Del azahar profanado,  
Pues se torna fuego y oro  
Lo que antes fue puro y blanco.

Las vides son la lujuria  
Que se cuaja en el verano,  
De las que la iglesia saca  
Con bendición, licor santo.

Las castañas son la paz  
Del hogar. Cosas de antaño.  
Crepitar de leños viejos,  
Peregrinos descarriados.

La bellota es la serena  
Poesía de lo rancio,  
Y el membrillo de oro débil  
La limpieza de lo sano.

Mas la granada es la sangre,  
Sangre del cielo sagrado,  
Sangre de la tierra herida  
Por la aguja del regato.  
Sangre del viento que viene  
Del rudo monte arañado.  
Sangre de la mar tranquila,  
Sangre del dormido lago.  
La granada es la prehistoria  
De la sangre que llevamos,  
La idea de sangre, encerrada  
En glóbulo duro y agrio,  
Que tiene una vaga forma  
De corazón y de cráneo.

¡Oh granada abierta!, que eres  
Una llama sobre el árbol,  
Hermana en carne de Venus,  
Risa del huerto oreado.  
Te cercan las mariposas  
Creyéndote sol parado.  
Y por miedo de quemarse  
Huyen de tí los gusanos.

Porque eres luz de la vida,  
Hembra de las frutas, Claro  
Lucero de la floresta  
Del arroyo enamorado.

¡Quién fuera como tú, fruta,  
Todo pasión sobre el campo!

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA.

- 1.- Aguiar e Silva, Víctor Manuel. Teoría de la literatura. Madrid: Ed. Gredos, 1975.
- 2.- Bradbury, Ray. Crónicas Marcianas. Argentina: Ed. Minotauro, 1969.
- 3.- García Lorca, Federico. Poesías. México: Editores unidos, 1975.
- 4.- Kafka, Franz. La metamorfosis. México: Editores Mexicanos Unidos, 1976.
- 5.- Kayser, Wolfgang. Interpretación y análisis de la obra literaria. Madrid: Ed. Gredos, 1968.
- 6.- Miller, Arthur. Las brujas de Salem. Buenos Aires: Compañía fabril editora, 1961.
- 7.- Neruda, Pablo. Veinte poemas de amor y una canción desesperada. México: Editores Mexicanos Unidos, 1976.
- 8.- Sánchez, Luis Alberto. Breve tratado de literatura general. Madrid: Ed. Ercilla, 1973.
- 9.- Wellek, René y Austin Warren. Teoría Literaria. Madrid, Ed. Gredos, 1966.
- 10.- Wilde, Oscar. La importancia de llamarse Ernesto. "Col. Austral" #65. Madrid: Ed. Espasa Calpe, 1973.



